



Una infinidad de tonos rojizos delata el mar de viñas que rodea Briones. DANIEL ACEVEDO

La Sonsierra riojana explota tras la vendimia en un caudal de colores

Briones y San Asensio, desde la fortaleza de Davalillo, disfrutan de un paisaje de ensueño que encuadra a Briñas, San Vicente y Ábalos, con el Ebro como testigo

ROBERTO RIVERA

Se consume octubre, ya por encima de tres cuartos, y el verano se percibe en la distancia como un recuerdo vago con sabor a luz templada y reminiscencias frescas que sacuden la memoria como sólo lo hace una sonrisa en copa. La misma con la que acierto a detener el tiempo con sorbo de vino nuevo de siempre. Pero, después de haber sondado la geografía de La Rioja a lo largo de estos meses, diría que en las carreteras, vaguadas y caminos de sus pagos permanece aún el divertido parpadeo del ejército de luciérnagas que han cabalgado hasta hace dos semanas sobre la carrocería de tractores y remolques para llevar desde las viñas al hogar de las bodegas una tromba de uva, el cáliz de fruta dulce y cálida que mejor la identifica.

«Cada vendimia es única», hago mío de un abuelo con más de mil campañas a la espalda al remontarse el vino en la barriga de los tíos y depósitos que se hacen hueco en las entrañas de sus almacenes. «La tierra atiende a quien la atiende tal y como es debido. Aunque tiene sus caprichos porque es generosa, pero sobre todo libre. Y se adapta a lo que impone el clima, ponga como se ponga, para regalarnos años tras año una cosecha diferente».

¿Diferente? Trato de entender mejor ese enigmático mensaje y me adentro para hacerlo, sobre hechos consumados, en la franja más reconocida y disputada de la Comunidad, zambulléndome a brazadas en el impresionante mar de viñas que se acurrucan y susurran a resguardo de lindes algo difusas que dibujan, por tramos, las montañas y en alguno que otro el tránsito del río. Me adentro, en fin, en la Sonsierra. Y en los municipios que enriquecen su fisonomía desde el otro lado, envidiando el maternal regazo que le presta una cornisa pétrea, con Herrera de vigía allá en lo alto.

Zona de frontera y de contiendas, hasta hace siete siglos, por la que litigaban los reinos de Castilla y de Navarra, muchas veces a las bravas. Hoy tierra de reposo, de mirada intensa y larga, de paso quebrado por lomas y barrancos que dibujan un espacio de planos y terrazas retratado sobre la pátina del Ebro y protegido al Norte por los muros de

La vendimia es un «ejercicio místico» que justifica noches en vela y horas de brega y de desasosiego

Toloño y de Sierra Cantabria en la vertiente que endereza al Este.

Queda claro, al situarme sobre el mapa volumétrico y virtual que compongo en mi cabeza. Desde la margen derecha del caudal, otea un imponente océano de viñas Briones, en complicidad con San Asensio. En la izquierda se yergue ufana, retadora e inaccesible la barbacana de San Vicente, vigilada a no más de dos leguas por los concejos de Ábalos y Briñas, el único que sorbe con sus calles y paseos el tránsito del río.

Acostumbrada a la celada y a la escaramuza entre vasallos y guerreros de uno y otro bando, desde los cielos debió de concebirse entonces como un solar de minas salpicado por una veintena de cerros sobre los que acabaron levantándose, obligadas, varias fortalezas. En La Rioja, las de Haro, Briñas, Davalillo y la Villa Divisera; en la demarcación riojana de Álava, también Laguardia y Labastida.

Pero la criba del reloj de arena que endereza sendas y levanta puentes imposibles, ha sumergido en la leyenda aquella época de enredos y trifulcas, y todos estos términos alientan ahora sueños e inquietudes que van pelechando durante la campaña y se desbordan como un girasol de grana cuando llega la cosecha.

Ceremonias inmutables

¿Diferente?, me planteo de nuevo a media voz, cuestionando lo que había oído antes.

Hay ceremonias inmutables. La vendimia, defienden desde el corazón otros paisanos, es un «ejercicio místico» que justifica noches en vela y horas de brega y de des-

sasosiego, temores y cautelas cuando el cierzo azuza, o canta la chicharra minando las defensas del hollejo de la uva con la complicidad de la humedad, o se despereza entonces la botrytis consumiendo su vigor. Cuando se atisba la hora de recoger aquello que se ha mimado con pasión, todo se da por bueno. Y un cantoral festivo inunda todos los rincones donde celebran vendimiadores, bogueros y gentes de cata y brindis que al fin llegó la vendimia.

Eso, me reafirman, siempre es así. A meses de tarea ardua y repaso ininterrumpido y preocupado al parte del tiempo, le sigue una celebración sin límites por toda la región, indiscutible referencia de los vinos del país y del resto del orbe.

Podría parecer que llego un tanto tarde, porque la Sonsierra ha despedido ya el trajín de gentes que convirtieron su campiña en hormiguero, enredándose en los renques del viñedo y liberándose como un bostezo reposado en las tolvas donde vertieron los racimos. Y vuelven a contarme los vecinos que ésta, como lo hace cada añada, sostiene el sello de identificación y calidad que otorgan por ley los elementos (viento, agua, sol y tierra), y la sabiduría y la imperturbable fe del hombre, que da

Empapo el reflejo del cuadro que se me ha grabado en las pupilas en restaurantes y casas de comida

forma con sus manos a todo aquello que se le viene encima. Que se conocen muchas parecidas; nunca iguales. Y que el vino, si es de verdad, resume en un solo trago todo lo que ha sido la cosecha, un año después.

¿Diferente? Vuelvo a cuestionarme. Difícil de creer al re incontrarme con la imagen de ese espacio de postal.

Un milagro decorado

Días después de ver cómo el corquete degollaba los racimos y sus granos aceptaban desangrarse para convertirse en vino, me asomo desde la loma de Davalillo, el castillo de San Vicente y las Cercas de Briñas para comprobar, otro año, que La Rioja se ha convertido en un milagro decorado con infinidad de tonos y colores que revientan en las hojas de la vid. Y la mirada se detiene durante horas ante ese escenario de matices (verdes, amarillos, pardos, ocres, naranjas y violáceos) que tiñen su campiña aceptando como un don del cielo el milagro de la naturaleza que comenzará a perder su brillo con los primeros fríos.

Lo conocía y no me canso de fundirme en esa nube que advierte a ras de suelo y hace oficial la entrada del otoño. Es más. Echo tierra al pie, para empaparme de ella. Y me paseo por cada uno de los municipios y su glosario de estancias y cocinas donde se transforma lo que observo en sensaciones gustativas y momentos, tomando perspectiva de esta infinita paleta de pintor desde cada uno de sus ángulos.

Los hoteles y casonas de la zona me ofrecen su cobijo. Para alimentar el cuadro que se me ha grabado en las pupilas, empapo su reflejo en restaurantes y casas de comidas que atienden al viajero. Allí mastico y saboreo todo lo que he visto con lo que da la tierra y vinos que saben, como el paisaje, a pura gloria. Tampoco aquí me siento solo.